



Lito de Calazar.

PIO IX.

Rafael y Vilá, Editores.

CONCLUSION.

PIO IX EN PORTICI.—FIN DE LAS REVOLUCIONES DE ITALIA.—ESTADO DE NAPOLES.—REGRESO TRIUNFAL DEL PAPA A ROMA.

Durante el sitio de Roma, Pio IX habia abandonado á Gaeta por el bello palacio de Portici, que el rey de Nápoles habia puesto á su disposicion, donde hacian al Padre Santo todos los honores con ilimitada magnificencia, y donde todos doblaban ante él la rodilla como en la corte del Vaticano.

La presencia del Papa en Nápoles produjo el efecto mas saludable. Todas las poblaciones del país corrian á empaparse cerca de S. S. en las vivas fuentes de la fé; las tropas mismas quisieron gozar de su vista; y mostrándose el Pontífice á todos y por todas partes, bendijo al pueblo y al ejército. Poco á poco fueron desapareciendo los síntomas revolucionarios; y cuando los demonios volvieron al abismo, Dios devolvió la paz á la tierra.

Todo habia cambiado en el reino de las Dos Sicilias desde el 15 de Mayo; y para referirlo echemos una ligera ojeada retrospectiva.

Disuelta en 17 de Mayo de 1848 la primera cámara, y convocada otra, se abrió ésta el 1º de Julio; mas como se hallaba animada de los mismos principios que la anterior, solo ofreció una deplorable sucesion de sesiones tumultuarias, por lo que fué preciso disolverla el 15 de Setiembre siguiente (1).

Al saber esta noticia, esperando el pueblo que iba á desembarazarse por completo del régimen representativo, se presentó alegremente en el

(1) "La esperiencia prueba (dice el mismo ciudadano Proudhon) que el despotismo de las asambleas es cien veces peor que la autocracia de uno solo, por la sencilla razon de que un sér colectivo es inaccesible á las consideraciones de humanidad, de moderacion y de respeto á la opinion pública, que gobiernan á los individuos (Confessions d'un revolutionnaire, pág. 187)."

palacio, gritando: ¡Viva el rey! ¡Abajo la constitucion! pero en el barrio de *Montecalvario*, indignados los demagogos, la emprendieron á tiros con los realistas, y armaron una quimera que no produjo funestos ni graves resultados. Esta insignificante escena de desorden bastó para ilustrar al gobierno; y habiéndose descubierto que se daban gran número de licencias de armas, perdió Bozzelli su puesto (1).

A pesar de todo, continuando el rey sus esperiencias parlamentarias, convocó otra nueva cámara, para la cual fué elejido el general Pepé, en virtud de su título de traicion; pero no se presentó en su puesto. Esta asamblea empezó por pedir la caída del ministerio. Bozzelli, que habia perdido la cartera de *policía* y de *lo interior*, y que para consolarse habia atrapaado la de instruccion pública, apeló en la tribuna, para conservarla, á las opiniones democráticas de los representantes, enseñádoles los brazos que, segun decia, llevaban aún el sello de las cadenas con que en otro tiempo le habia castigado el gobierno absoluto. Mostróles tambien sus descarnadas mejillas, en las cuales, segun él, veíase aún la huella de las lágrimas liberales que las habian surcado cuando se proscribia á los demócratas. Apeló por fin al reconocimiento de sus hermanos como autor de la gran constitucion, y terminó pomposamente con estas palabras: "Apelo á la historia y á la posteridad." Prosiguiendo la tercera cámara el sistema antimonárquico de sus predecesores, intentó quitar al rey la prerogativa de conservar sus ministros, y trató con este motivo de rechazar los presupuestos, é impedir el pago de las contribuciones. Ambicionando la cámara el poder supremo, queria volver á los buenos tiempos de la anarquía revolucionaria, y en Marzo de 1849 fué necesario disolverla de nuevo. Pero sus máximas de desorden habian producido esta vez tal aversion en los ánimos, y tal necesidad de sosiego en el país, que escitó un descontento general esta continuacion de esperiencias parlamentarias. Diputaciones de todas las provincias, de todas las ciudades, de todas las aldeas se presentaron al rey, llevándole innumerables peticiones, firmadas por todas las clases de la sociedad, desde las mas ricas hasta las mas pobres, desde las mas altas hasta las mas bajas, cuyo conjunto formaba la inmensa mayoría de la nacion, y en las cuales se pedia la abolicion de la fatal constitucion, que al modo de la túnica de Neso, habia devorado al cuerpo social revestido con ella. El rey escuchó sus ruegos, y cediendo al voto nacional, no convocó mas cámaras; por donde la paz se restableció en el Estado.

Recordemos aquí la historia de la restauracion francesa de 1815. Despues de la caída del imperio, tenia el *liberalismo* trazada su marcha, cuan-

(1) Era ministro de policía y de lo interior.

do pedia á gritos *Cartas* á todos los reyes de la tierra. Para él era la monarquía constitucional un paso hácia la monarquía con instituciones republicanas, la cual conduciría inevitablemente á la república democrática, y ésta por conclusion á la anarquía socialista, al *non plus ultra* de la civilizacion, al Eliseo de los *Pedro Leroux*.

Pero escuchad ahora, cómo llegados á la mitad de su carrera se expresaban los discipulos de la montaña acerca de las *antiguas Cartas fundamentales*. Perry, héroe de Febrero, llevado ante el tribunal de las *Assises* de Paris por haber tomado parte en una insurreccion, se pronunció francamente en estos términos: "Una constitucion es hoy una obra perniciosa de discordia y de reaccion..... ¿Qué es una constitucion.....? Un edificio imposible.... ¿La hareis descansar sobre los restos que nos rodean? Tanto valdria, ciudadanos, el intento de reconstruir un palacio sobre las movedizas olas del Océano. Hoy revienta y se deshace cual putrefacto cadáver el mundo antiguo; la humanidad se agita por todas partes en laboriosa incubacion. ¡Ayudadla! ¡Plaza al recién nacido! Vuestro encargo no era construir, sino demoler. La inmarcesible gloria de nosotros los revolucionarios será el haberlo así comprendido. Ya no hay religion, los dioses han desaparecido, y el pueblo espera un nuevo Mesías (1)." Este Mesías es el socialismo.

"¡Ciudadanos! ¡amigos! ¡hermanos míos! escribia últimamente el ciudadano Ledru-Rollin en Lóndres; velad noche y dia para salvar la revolucion!"

¡LA REVOLUCION! ¡Oh monarquía representativa! ¿En dónde estás.....? Ya no es de tí ni aun de la *república* de quien se trata; la república no es tampoco mas que la infancia del progreso, el principio del movimiento. El fin está del lado allá, mucho mas lejano. El fin es la revolucion. Y ¿qué es la revolucion tomada en su sentido mas lato.....? *El socialismo*, ó por mejor decir, *el fin de las sociedades*.

Digámoslo con franqueza: el régimen constitucional de nuestros dias ha pasado ya como las monarquías despóticas, como las mitologías paganas, como las instituciones feudales, como la caballería andante, como las leyes de la Inquisicion, como las guerras religiosas, como el gigantesco volterianismo, y el sansimonianismo pigmeo, como todas las locuras de lo pasado. Aproximase una gran época de reorganizacion social; toda Europa siente la necesidad de reconstruirse de nuevo. Estamos en un periodo de transicion, preludio de una era regeneradora; los *rojos* mismos lo conocen, pero sueñan con las tinieblas y las toman por la luz. No hay pensar que puedan salir de la tumba los antiguos usos del despo-

[1] Cour d'Assises.—13 de Junio de 1849.

tismo, ni que las ridículas Utopías de la monarquía ciudadana dejen de sepultarse muy pronto con ellos. ; Duerman allí en paz, para reposo de todos, hasta la consumacion de los siglos, y brille pronto la aurora de la regeneracion!

Necesitamos una Francia nueva, jóven, fuerte, espléndida, que dé GARANTIAS á los pueblos y autoridad á los reyes; la que enemiga del despotismo, consagre y haga respetar los derechos de todos y de cada uno de los ciudadanos: que apoyándose á la par en un principio inmutable y en leyes fijas, concilie el poder con la libertad; que se manifieste, en fin, radiante con las glorias de lo pasado, las esperiencias de lo presente y las promesas de lo porvenir, tal como se halla en los decretos de Dios.

Sofocada enteramente la insurreccion de Sicilia, brillaba esplendorosa en toda la Italia la espada del rey Fernando.

El gran duque de Toscana, que arrojado de sus Estados fué á refugiarse á Nápoles, donde recibió la hospitalidad mas generosa, habia ya vuelto triunfante á Florencia.

Los franceses habian concluido de una vez con los Mazzini, los Salicetti, los Garibaldi y la república romana.

Austria se hallaba nuevamente en posesion de sus provincias itálicas. Venecia habia capitulado.

Parma y Módena habian recobrado sus legítimos soberanos.

La Italia Roja estaba vencida.

No subsistia ninguna de las rebeliones de Alemania.

La Hungría entraba al fin bajo la dominacion de su jóven emperador.

Algo repuesta Francia de la cruel caida de Febrero, alzaba lentamente la cabeza y prometia mejores dias. En todas partes renacia la esperanza; y la revolucion, ese nectar divino con que Lamartine habia querido regalar á todos los pueblos, se evaporaba por do quiera, torcido y turbio, como las heces del alcohol desvirtuado.

El rey modificó el ministerio, desapareciendo Bozzelli y Ruggiero de la escena politica. El Sr. Fortunato fué nombrado presidente del consejo, é iba á probar con su inteligencia de primer órden que en ciertas naturalezas la vejez no debilita el talento. Ischitella conservó la cartera de guerra, y el Sr. Pecchineda, hombre consagrado á su rey, fué director de policia (1).

El gran drama de Italia habia llegado á su término, y solo faltaba una

(1) Hay quien pretende que está prohibida en Nápoles toda lectura política. La prueba de lo contrario es, que se encuentran en venta cuando se quieren las obras de Proudhon y de Luis Blanc así como los diarios democráticos de Francia.

escena, la entrada de Pio IX en Roma, que aunque pareciese tardía no fué por ello menos brillante.

El Padre Santo abandonaba á Portici al principiar el mes de Abril de 1850, escoltado por el rey de Nápoles hasta las fronteras de sus estados, para volver al Vaticano. ; Qué viaje! ; Qué triunfos!.....

En Velletri, en el mismo sitio en que Garibaldi creia la tiara vencida para siempre, corrian hácia el Santo Pontífice 140.000 hombres con ramos de oliva en la mano, llevando impresa la alegría en el semblante y el arrepentimiento en el corazon.

La entrada del Papa en la ciudad eterna, mas que el triunfo de un soberano, era la restauracion de la cristiandad; el catolicismo, reintegrado en el Vaticano, una alta manifestacion de la justicia divina; y por eso ofrecia tambien uno de los mas sublimes cuadros que el hombre haya podido contemplar: el cuadro de Roma, arrodillada bajo la bendicion de gefe de la Iglesia, y recobrando su eterna palma en medio de aclamaciones europeas.

; Oh Santísimo Padre! decia Napoleon á Pio VII; teneis las almas, y yo no tengo mas que los cuerpos; estais á mil varas por encima de mí.

No hubo allí inspiraciones oficiales de aquellas que solo remueven las masas con secreto terror: la alegría y el entusiasmo, estallando con unanimidad, brotaban como las fuentes de agua viva bajo los ardores del doble sol de la naturaleza y de la religion. Esta vez salia realmente de las entrañas de la nacion la gran conmocion popular. La basílica de San Juan estaba colgada con ricas telas: Pio IX, que era esperado á las cuatro de la tarde, debia hacer en ella la primera estacion.

Hacia un tiempo magnífico, en armonía con la solemnidad. El cañon se oyó á la hora en punto, y á lo lejos se elevaban olas de polvo, por entre las cuales centelleaban las brillantes armaduras. El Santo Pontífice entraba en Roma, tocaban á vuelo las campanas, y el bronce religioso, mezclando sus armonías de paz al estruendo de los rayos de guerra, saludaba al vicario de Cristo.

Todas las casas ostentaban ricas colgaduras y preciosas guirnaldas, todas las calles vistosos tapices de césped y de flores. A la derecha del coche del Papa cabalgaba sobre un hermoso corcel de guerra el general en gefe Baraguay-d'Hilliers, y á lo largo de sus marciales mejillas corrian lágrimas de ternura y piedad. Formaba la linea á su paso la infantería francesa, que postrando su gloria y sus laureles presentaba humildemente las armas al primer ministro de Dios, y doblada la rodilla, humedecidos los párpados, prosteruaba sus banderas. Sentia sin duda que en aquel sacerdote humilde, sin otra fuerza que la oracion ni otras armas